



JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

LA MIRADA

Cuentan que Tales de Mileto, allá en la aurora de la filosofía, cayó en un hoyo y se rompió una pierna por ir mirando las estrellas. Corro el mismo peligro, pero no por mirar el firmamento, sino los tejados. Las fachadas de los edificios mantienen cierta discreción funcional, que se pierde al llegar a las alturas. Es como si decidiesen ponerse un estrambótico sombrero. O una peluca estrafalaria, como en la época de Luis XIV, que, según el sabio Mingote, vivió la “glorificación del floripondio”.

Las alturas de las ciudades están ocupadas por una arquitectura deliciosa y turulata. Cúpulas, pérgolas, arquerías, hornacinas, esculturas. Un zoo fantástico habita en los tejados. Pasear por el paseo de Gràcia en Barcelona o por la Gran Vía de Madrid es una fantástica experiencia. O mejor dicho, la experiencia de una fantasía.

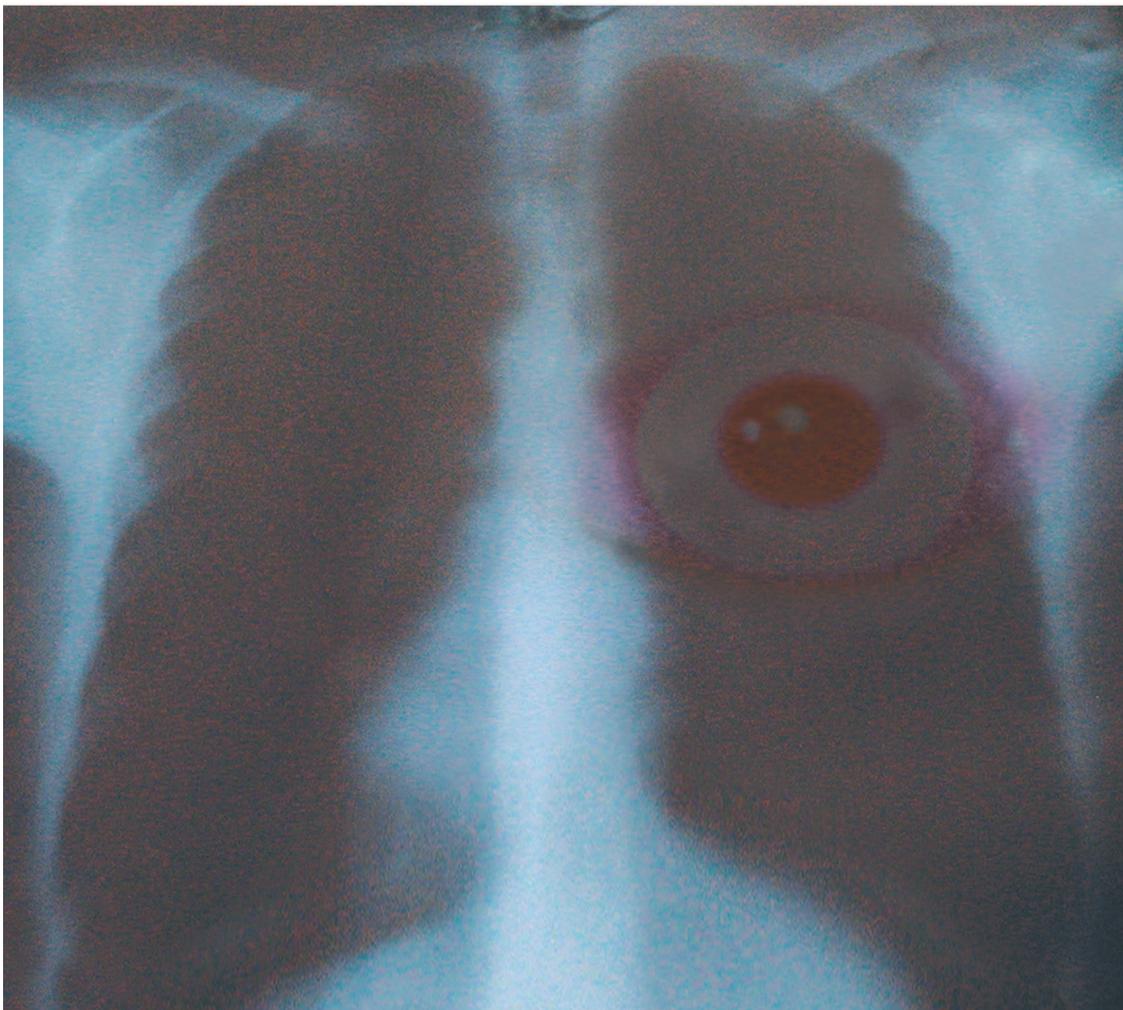
Me confieso paseante. Lo aprendí de los pintores impresionistas, que se declaraban “*flâneurs*, peatones curiosos, cazadores en busca de una imagen”. Hablo de este tema porque preparo la conferencia que voy a dar en un congreso internacional de ópticos. Se titula *La mirada inteligente*. Ver nos parece una operación sencilla. Abrimos los ojos y las imágenes de las cosas se nos cuelan dentro. Recuerdo que en 1956, Allen Newell y Herbert Simon presentaron en el congreso de Darmouth un programa que conseguía que un

ordenador demostrara teoremas matemáticos. Cundió el entusiasmo. La máquina superaría al cerebro humano en muy poco tiempo. La previsión no se cumplió, porque la recién nacida inteligencia artificial se empantanó en actividades que nos parecen muy sencillas porque las hacemos con facilidad, pero que no lo son. Por ejemplo, reconocer patrones visuales. Reconocemos una cara esté de frente o de perfil, sonriente o triste, con un peinado u otro. El ordenador, que está muy cómodo reconociendo códigos de barras, naufragaba en estas complejidades.

EL BOTÁNICO REPARA EN LA FLORA, EL ALPINISTA EN LAS GRIETAS, EL PROMOTOR EN TODO LO QUE PODRÍA CONSTRUIR

La mirada inteligente nos permite seleccionar la información. Vemos desde un proyecto. Si salen a la sierra, un botánico, un escalador, un pintor y un constructor, ven el mismo paisaje de modos diferentes. El botánico repara en la flora, el alpinista en las grietas que le permitirán trepar, el pintor en los colores y el constructor en la estupenda

urbanización que podría construir allí. Mi interés por la educación de la mirada deriva de la constatación de este hecho. Vemos desde un proyecto. En los años de la guerra fría, Yarbus, un psicólogo ruso casi desconocido en Occidente, descubrió algo sorprendente. Utilizando unas gafas que permitían registrar en un gráfico los movimientos del ojo, comprobó que esos movimientos cambiaban según la pregunta sobre el significado de la fotografía de un grupo familiar. Si la pregunta era ¿quiénes son?, los ojos se fijaban automáticamente en los rostros, que es lo más interesante para las relaciones personales. Pero si preguntaba por la situación social de la familia, los inteligentes ojos se desentendían de las caras y escrutaban los vestidos y el entorno. Todo esto me parece muy emocionante. ¿Y a usted? ■



Raúl